

Simón J. Suárez Cuadros
Enrique F. Quero Gervilla
(eds.)

ENTENDER UCRANIA

EN SU CONTEXTO GEOPOLÍTICO

Granada
2023

COLECCIÓN EIRENE

DIRECTOR:

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ

IPAZ-Universidad de Granada, España

CODIRECTOR

MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA

Universidad de Caldas, Colombia

CONSEJO ASESOR:

FANNY AÑÑOS BEDRIÑANA

IPAZ-Universidad de Granada, España

FRANCISCO DEL CORRAL DEL CAMPO

IPAZ-Universidad de Granada, España

CARMEN RAMÍREZ HURTADO

IPAZ-Universidad de Granada, España

PEDRO SAN GINÉS AGUILAR

IPAZ-Universidad de Granada, España

MARÍA ELENA DÍEZ JORGE

IPAZ-Universidad de Granada, España

DANÚ ALBERTO FABRE PLATAS

Universidad Veracruzana, México

MARÍA DEL MAR GARCÍA VITA

Universidad del Norte, Colombia

GIANNI SCOTTO

Universidad de Florencia, Italia

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Universidad de Zaragoza, España

SILVIA MARCU

Consejo Superior de Investigaciones
Científicas, España

TANIA DRONZINA

Universidad de Sofía San Klemente de
Ojrida, Bulgaria

IRENE COMINS MINGOL

Universidad Jaume I, España

INÉS CORNEJO PORTUGAL

Universidad Metropolitana, México

EULOGIO GARCÍA VALLINAS

Universidad de Cádiz, España

XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Universidad de Santiago de Compos-
tela, España

ESPERANZA HERNÁNDEZ DELGADO

Universidad la Salle, Colombia

GERARDO PÉREZ VIRAMONTES

Universidad Jesuita de Guadalajara,
México

WOLFGANG DIETRICH

Universidad de Innsbruck. Austria

© SIMÓN J. SUÁREZ CUADROS / ENRIQUE F. QUERO GERVILLA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-7193-0 • Depósito legal: Gr./508-2023

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

www: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Taller de diseño gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CONTENIDOS

- 13 **PABLO DE MORA**
Los nacionalismos en Ucrania: pasado y presente de una disputa identitaria
- 41 **TAMARA DJERMANOVIC**
La invasión de Ucrania en el contexto del duelo entre Rusia y Occidente
- 59 **JOSÉ M. FARALDO**
Entre imperio y nación. Solzhenitsyn y el dilema ruso
- 87 **NINA KRESSOVA IORDANISHVILI**
El no a la guerra de la cultura rusa
- 107 **PABLO MARTÍNEZ SÁNCHEZ**
De amigos a enemigos: Las políticas nacionales bolcheviques en la Ucrania soviética y el juicio en Járkov de 1930
- 139 **JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS**
Cuando se hace la guerra y se habla de paz sin quererla ni para Ucrania ni para el mundo. ¿Tragedia de crimen sin castigo?
- 187 **RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA**
Las relaciones entre Ucrania, La Unión Europea y la Federación Rusa en un contexto de crisis (2014-2022)

- 207 YURI SHEVCHUK
El primer cine ucraniano (1893-1918) y la formación de la
identidad ucraniana moderna
- 241 SIMÓN J. SUÁREZ CUADROS
Ucrania: desde la generación postsoviética a la generación
del Maidán
- 265 JUAN MIGUEL VALDERA-GIL / BENAMÍ BARROS-GARCÍA
El discurso sobre el pasado para hablar del presente: la ce-
lebración del Día de la Victoria en la Rusia de Putin

NOTA DE LOS EDITORES

El 24 de febrero de 2022 comenzó la invasión de Rusia a Ucrania, un hecho histórico que va a modificar el denominado orden mundial y que va a condicionar las relaciones del mundo occidental con la Federación Rusa. La *Perestroika* y el *Glasnost*, reformas impulsadas por Mijáil Gorbachov en el año 1986, supusieron el final de la Guerra fría y de la división en bloques existentes desde el final de la II Guerra Mundial. Durante estos años, tanto la Unión Europea como Estados Unidos han ido dando pasos destinados a atraer a la Federación Rusa a los modelos económicos y sociales occidentales, buscando captar el interés de sus dirigentes y de su pueblo. En este periplo cuyo comienzo podemos situar con la llegada de la *Perestroika*, las relaciones entre el mundo occidental y la Federación Rusa han transitado por diferentes etapas cuyos momentos clave quizás sean: la caída de la Unión Soviética, la expansión de la OTAN hacia el este y la llegada de Vladimir Putin al poder en el año 2000.

La elección como Secretario General del PCUS de Mijáil Gorbachov, figura muy apreciada en Occidente y no tanto en su país, se comenzó a fraguar la apertura del Régimen Soviético y su posterior desaparición, todo ello acompañado de unas excelentes relaciones diplomáticas que se consolidaron en los años 90 con la llegada de Boris Yeltsin al Kremlin. A lo largo de estos años y tras el golpe de estado fallido en 1991 se consolidó esa apertura iniciada con Gorbachov. Rusia se presentaba como un país amigo, que completaba una dura transición al capitalismo, dominada por la miseria, el sufrimiento y el descontento de su pueblo. Esa caótica transición tuvo sus consecuencias en términos de desprestigio tanto del

propio Boris Yeltsin como del aparato gubernamental incapaz de poner freno a una inflación galopante y una caída empicada del nivel de vida. Para una parte importante del pueblo ruso este periodo supuso un sacrificio en términos económicos y de bienestar muy superior al que cualquiera hubiera podido imaginar. Quizás sean en esos *Лихие девяностые*// *desastrosos años noventa*, como se denominan en ruso, donde se fragua la necesidad de encontrar un relevo conveniente a un depauperado Boris Yeltsin por parte de las élites oligárquicas del país. Y en este escenario aparece la figura de un desconocido por aquel entonces Vladimir Putin, que se presenta como un mesías capaz de poner orden en el caos en el que estaba sumida Rusia, y al que Occidente recibe con los brazos abiertos, con la intención evidente de granjearse las simpatías del país más grande y rico del mundo, y alejarlo al mismo tiempo de China, pero al mismo tiempo, con un grado de desconfianza ante su personalidad desconocida.

Por otro lado, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que EE UU y Europa ejercen en este momento histórico el mayor control de la escena internacional visto hasta ahora, con una Rusia hundida y una China emergente, aún lejos de ser la potencia que es hoy. Quizás sea esta situación, el detonante del cambio de estrategia de la OTAN que se aproxima a ese “amigo-enemigo” ruso, más conceptual que real en ese momento, e incorpora a todos los países del denominado Bloque del Este y los Países Bálticos, y todo ello sin oposición alguna e ignorando el descontento manifestado públicamente en no pocas ocasiones por el propio Boris Yeltsin. Esta táctica fue considerada por algunos como una incursión en las “zonas de influencia” que había cuando estaba vigente el Pacto de Varsovia. En este sentido el secretario de Estado de EEUU, James Baker, afirmó en los años 90 en diversas ocasiones que la OTAN nunca se expandiría hacia el Este. En este contexto, Rusia no estaba en condiciones de ofrecer nada ni a los que eran sus antiguos socios dentro del COMECON y del pacto de Varsovia, ni a las exrepúblicas soviéticas, nueve de las cuales se integraron temporalmente en esa organización supranacional que supuso la CEI (Comunidad de Estados Independientes). Rusia siempre ha considerado que estos países constituían su zona de influencia y, de hecho, comenzó a ejercer de líder desde la creación de la CEI impulsando acuerdos de cooperación de distinta índole que culminan con la creación de la OTSC (Organización del Tratado para la Seguridad Colectiva) en 1992.

De esta forma, la Federación rusa buscaba mantener vigente el liderazgo que había ejercido durante la URSS. A la vista de estas circunstancias la aproximación de la OTAN hacia sus fronteras se ha interpretado históricamente en Rusia como una amenaza para su integridad territorial.

Desde la desintegración de la URSS, las relaciones entre Rusia y Ucrania han estado condicionadas por el color del gobierno ucraniano. Desde los últimos años del siglo XX hasta la actualidad, Ucrania ha sido un país en constante transformación política por los hechos aquí acaecidos. Los gobiernos de Leonid Kuchma y de Boris Yanukovich supusieron un acercamiento hacia Rusia mientras que los gobiernos de Víctor Yushchenko y Petró Poroshenko claramente apostaron por una aproximación hacia Europa, pero ninguno acabó con esas disputas de un país que no parecía terminar de definir hacia donde quería dirigir sus destinos. Aquel acercamiento de los presidentes Kuchma y Yanukovich no fue apoyado por la sociedad civil, que se ha sentido muy lejana al poder representativo político, debido principalmente al alto grado de corrupción existente en Ucrania desde su independencia en el año 1991. Un momento clave en esas relaciones complejas entre Rusia y Ucrania fue la firma del Memorandum de Budapest de 1994, en función del cual Ucrania entregaba a Rusia todo su arsenal nuclear a cambio del reconocimiento de su soberanía. No hay que olvidar que en ese momento Ucrania era la tercera potencia nuclear del mundo y los ucranianos concedían todo su arsenal nuclear a cambio del reconocimiento de sus fronteras que posteriormente no han sido respetadas. La Revolución Naranja y la posterior Revolución del Maidán han mostrado a un pueblo cansado de sus dirigentes corruptos, que quieren ser dueños de su propio destino, dejando atrás sus relaciones con Rusia en los diferentes periodos históricos. Tras lo sucedido después del año 2014 con la anexión de Crimea y el apoyo ruso a las dos repúblicas secesionistas del Donbás, Lugansk y Donetsk, el pueblo ucraniano y su poder político ha optado indiscutiblemente por la ruptura con Rusia hasta las últimas consecuencias y el acercamiento a un Occidente, que parece haberle abierto las puertas. Es un hecho que tanto la Unión Europea como Ucrania han dado pasos firmes en la búsqueda de una unión futura, que no parecía tan factible tan solo hace unos años. Una figura clave en este proceso es el actual presidente de Ucrania, Volodymyr Zelenski, un personaje televisivo que llegó al poder en 2019 con

el objetivo de acabar con la guerra que se había iniciado en su país cinco años antes y dirimir el futuro de los ucranianos. Si bien existieron muchas dudas sobre su persona cuando llegó al poder, con el tiempo se erigió en representante de una nueva generación de ucranianos nacidos en una Ucrania independiente. Todas las dudas iniciales sobre su personalidad política, todas las alabanzas y los odios que recibía tanto en Ucrania como fuera de ella acabaron el 24 de febrero de 2022 cuando se inició la invasión rusa de Ucrania, convirtiéndolo en el líder político que unifica a su país con el objetivo de defenderlo.

Para reflexionar sobre estos asuntos, en el presente libro hemos tenido el privilegio de contar con un elenco de expertos que han trabajado e investigado sobre Ucrania y sus relaciones con la Unión Europea y Rusia en su dimensión política, cultural y social. Estas reflexiones nos permitirán entender mejor algunas de las claves que han llevado al conflicto actual.

LOS EDITORES

LOS NACIONALISMOS EN UCRANIA:
PASADO Y PRESENTE DE UNA DISPUTA IDENTITARIA

PABLO DE MORA

Universidad Complutense de Madrid

El conflicto político e identitario que aún pervive en Ucrania puede explorarse desde varias perspectivas que van desde cuestiones políticas, económicas o geoestratégicas hasta aquellas relativas a la sociedad y la cultura del país. En estas últimas, las identidades nacionales y transnacionales han tenido un peso especialmente importante, siendo interesante analizar su recorrido histórico para entender algunas de las lógicas del presente del país y su relación con Rusia. Estas identidades no han perdido su vigencia, y pese a que han podido ir mutando, comparten una serie de rasgos con su pasado. A ello debemos sumar las reflexiones que se hacen sobre la memoria del país, siendo esta una de las bases legitimadoras del nacionalismo ucraniano.

Este capítulo aborda la configuración del nacionalismo ucraniano desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, tanto en su vertiente cultural como política. En este proceso podemos distinguir una serie de etapas en las que el proyecto nacionalista se va consolidando como una aspiración de masas, a la vez que se entrecruza con otras identidades como la rusa o la soviética a lo largo del siglo XX. Lo que en sus inicios se vio como un nacionalismo propulsado por algunos círculos intelectuales, recibió posteriormente el apoyo popular así como el de las élites políticas, y a la vez tuvo que convivir con acontecimientos históricos que marcaron claramente su devenir como vemos con el caso de la Revolución Rusa, el periodo estalinista o la Gran Guerra Patria. Posteriormente también trataremos el periodo de desestalinización, que trajo consigo un renacimiento cultural del nacionalismo ucraniano, y el proceso de independencia del país tras la desintegración de la Unión Soviética. Finalmente, el capítulo analiza la historia reciente del país, incluyendo las últimas movilizaciones democráticas, que tienen fuertes motivaciones identitarias y

entran en disputa en un terreno clave como es el de la memoria histórica, provocando todo ello una profunda división dentro del país. El texto se plantea desde una visión culturalista, incidiendo especialmente en aspectos como son la memoria histórica y los elementos simbólicos que construyen las identidades.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Entre los autores que han trabajado sobre la historia del nacionalismo ucraniano destaca el amplio análisis de Ilya Prizel acerca de las diversas etapas de este fenómeno, mientras que también aborda otras identidades nacionales como la rusa y la polaca¹. Zisserman-Brodsky, ha trabajado sobre la etnopolítica en el periodo soviético y sobre el surgimiento de nacionalismos periféricos como el ucraniano en el mismo periodo². Asimismo, Faraldo propone un análisis sobre el nacionalismo ruso en el que se distingue su configuración y sus disputas con el proyecto nacionalista ucraniano³. También resultan interesantes las aportaciones de Arunas Juska sobre la realidad de las comunidades identitarias en las antiguas repúblicas soviéticas, en el que también destaca el caso ucraniano como un modelo distinguido de gestión de la política identitaria⁴. Por otro lado, los estudios de Carlos Taibo⁵ y el equipo en torno a Francisco Veiga⁶ nos permiten interpretar la situación en Ucrania desde un enfoque más presentista pero en ningún caso desdeñable, dado que permite introducir otros factores geoestratégicos e ideológicos que complejizan el pasado y presente de Ucrania.

1. Ilya Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

2. Dina Zisserman-Brodsky, *Constructing Ethnopolitics in the Soviet Union: Samizdat, Deprivation, and the Rise of Ethnic Nationalism* (New York: Palgrave Macmillan, 2003).

3. José María Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno* (Madrid: Báltica Editorial, 2020).

4. Arunas Juska, "Ethno-political transformation in the states of the former USSR", *Ethnic and Racial Studies* 22, no. 3 (diciembre 1999): 524-553.

5. Carlos Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía* (Madrid: Los libros de la Catarata, 2014).

6. Francisco Veiga, Carlos González-Villa, Steven Forti, Alfredo Sasso, Jelena Prokopljević y Ramón Moles, *Patriotas indignados: Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols* (Madrid: Alianza Editorial, 2019).

El nacionalismo ucraniano se desarrolla en sintonía con otros nacionalismos surgidos en Europa a caballo entre los siglos XIX y XX, en una nueva oleada identitaria que difiere de los movimientos nacionalistas de principios del siglo XIX. El proyecto de nación del nacionalismo ucraniano se proyectaba sobre una región cuyos territorios se encontraban repartidos entre Rusia y el Imperio Austrohúngaro –en los antiguos territorios de Polonia–, y donde, por lo tanto, las comunidades ucranianas convivían con otras en un territorio muy fragmentado en lo que se refiere a las identidades nacionales. El proyecto tenía una voluntad supuestamente restauradora de un Estado que buscaba sustentar sus raíces en la época previa de la dominación rusa y mongola del territorio físico reconocido como Ucrania. Este había carecido de proyectos imperiales propios, por lo que la legitimación histórica se presentaba mucho menos efectiva que la de sus países vecinos⁷. Sin embargo, desde finales del siglo XIX existió una red de intelectuales con una clara preocupación nacionalista que trataron de difundir su proyecto, aunque bajo parámetros meramente culturales y no políticos. Esto se iría desarrollando ya en el siglo XX, porque la emancipación política se veía como algo remoto por la carencia de apoyos y recursos efectivos.

Estas visiones nacionalistas tenían que lidiar con una problemática añadida que consistía en el soporte por parte de las élites de etnia ucraniana a los proyectos políticos rusos y polacos. Estas estaban en parte asimiladas al resto de élites de ambos territorios, lo que hacía más difícil la difusión del nuevo movimiento identitario, que tenía que competir con estos otros nacionalismos. Además, la lengua ucraniana se encontraba en un proceso de enquistamiento a finales de siglo debido a la falta de estandarización entre sus distintas regiones y a la ausencia de una normativización como la que estaban experimentando otras lenguas del continente europeo. No fue hasta inicios del siglo XX cuando se estableció una sintaxis estándar para el idioma ucraniano, lo que habría dificultado la configuración de un sentimiento de sincronía identitaria común entre sus hablantes⁸.

7. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

8. Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*.

Fue también por entonces, en los albores del siglo XX cuando la intelligentsia ucraniana se presentó más cohesionada y predispuesta a expandir unos valores culturales propiamente ucranianos por las distintas regiones con presencia identitaria ucraniana. Este impulso se dio principalmente desde círculos ucranianos en Rusia, y en la Galicia polaca; despuntando, desde entonces, ciertas visiones nacionalistas que podían llegar a defender planteamientos separatistas. Sin embargo, la difusión del nacionalismo ucraniano se enfrentaba con otra gran influencia identitaria como la que proyectaba la iglesia ortodoxa rusa, con una fuerte presencia en territorio ucraniano. Una iglesia que sirvió como el mayor instrumento de rusificación en la región ucraniana durante el periodo imperial⁹.

Por su parte, desde el Imperio Ruso se percibía a Ucrania como una región perteneciente a Rusia, cuyos habitantes mantenían ciertas características propias, algo diferenciadas de los rusos, siempre dotadas de una connotación peyorativa. Se tenía una mirada paternalista sobre los ucranianos, a los que se consideraba sujetos a la potestad de los rusos debido a que supuestamente carecían de una masa de intelectuales propios. Además, la lengua ucraniana se consideraba un dialecto cómico que había degenerado del ruso. Por todo ello, los rusos entendieron estas primeras pretensiones nacionalistas, y lo siguieron haciendo con el paso del tiempo, como un movimiento fanático que debía erradicarse, también dado que le atribuían un marcado componente antirruso¹⁰.

REVOLUCIÓN Y KORENIZACIÓN: LOS AÑOS VEINTE

Cuando llegaron los procesos revolucionarios a Rusia y Ucrania, la expansión del ideario nacionalista ucraniano no se había consolidado en todo su territorio, lo que hizo que muchos ucranianos entendieran que su acción revolucionaria no era más que una parte integrante del proceso revolucionario acontecido en Rusia. Sin embargo, sí que existieron algunos núcleos del territorio ucraniano donde el nacionalismo y otros movimientos políticos propiamente ucranianos sí se manifestaron significativamente como alternativas al proyecto bolchevique. Es el caso de

9. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

10. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno*.

algunos núcleos rurales de Ucrania, donde hubo un movimiento secesionista que proclamó la independencia del país en 1917 tras el llamamiento a la autodeterminación de las naciones por parte de los bolcheviques. Pese a no contar con el apoyo de la intelligentsia urbana ucraniana, los nacionalistas ucranianos consiguieron una representación mayoritaria en la Rada, el consejo ucraniano conformado a raíz de la revolución, frente a una minoría bolchevique, lo que provocó enfrentamientos políticos y bélicos tras el estallido de la guerra civil en Rusia. Otro proyecto alternativo al bolchevismo fue el movimiento del ejército de campesinos liderados por el anarquista Néstor Majnó, quien combatió durante la guerra contra el ejército blanco, polacos y nacionalistas ucranianos y posteriormente contra los bolcheviques, siendo derrotado por estos últimos. Por lo tanto, hablamos de un doble proceso, revolucionario y bélico, en el que se enfrentaron en el campo de batalla distintos proyectos políticos ucranianos, siendo finalmente exitoso el bolchevique; que acabó integrando a Ucrania dentro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas¹¹.

Una vez consolidada la primacía bolchevique, a lo largo de los años veinte el nuevo gobierno vio necesaria la colaboración con los distintos nacionalismos que existían en la federación, entre ellos el ucraniano, con tal de mantenerse en el poder. Se puso así en práctica el proceso de *korenización*, que implicaba la difusión del nacionalismo cultural ucraniano en distintos estadios de la sociedad. Por un lado, se integró a miembros autóctonos en las cabezas de gobierno regionales, y también se fomentó la incorporación de las masas de la región ucraniana al partido comunista a lo largo de toda la década. Paralelamente, se promovió una intensa *ucranización* del territorio, con la promoción de la lengua ucraniana a través de la difusión de productos culturales como fueron periódicos, revistas y libros; y también mediante la normalización del uso del idioma en el espacio público. Para ello, se estableció el ucraniano como lengua común en los callejeros de las ciudades y en los carteles de comercios. Estas acciones se mostraban en sintonía con la voluntad internacionalista del bolchevismo, que quiso reconocer en estos primeros años a las distintas comunidades nacionales de la URSS, delimitando también unas fronte-

11. Faraldo, *La Revolución rusa: Historia y memoria*.

ras definidas que darían cuenta de las diversas comunidades étnicas de la federación plurinacional¹². Por su parte, también contribuyó a esta ucranización la religión, ya que desde 1921 se estableció con fuerza una nueva iglesia, sobre todo en el oeste de Ucrania, que se desligaría del patriarcado de Moscú: la Iglesia ortodoxa autocéfala. Esta iglesia se encargó de difundir el nacionalismo cultural ucraniano a través de la obligatoriedad del uso de la lengua ucraniana y de la declaración de lealtad a la nación ucraniana a la vez que se reconocía la potestad del gobierno soviético, consiguiendo así la aprobación de las autoridades comunistas¹³.

Durante estos años veinte también podemos atisbar el nacimiento de una nueva identidad pseudo-nacional como fue la soviética, en línea con el proyecto de construcción del *homo sovieticus* que planteó la URSS y que adoptó algunos rasgos propios del nacionalismo ruso pese a su aparente rechazo a este. En esta década el nacionalismo ruso se consideraba un símbolo del periodo imperial y el motor de la opresión de las distintas naciones que entonces se integraban en la unión. Por ello, el régimen soviético quiso desvincularse de este, llegando a evitar cualquier referencia al concepto de Rusia durante sus primeros años y difundiendo a través de la esfera pública e intelectual que Rusia ya no existía como tal. Esta política respondía por un lado a las aspiraciones internacionalistas de los soviéticos que buscarían superar la nación como concepto burgués a la vez que servía para enfriar las posibles pretensiones de los nacionalismos periféricos de obtener una mayor soberanía o la independencia respecto a la unión y cuyo mayor enemigo era la nación rusa, considerada como una cárcel de pueblos. Sin embargo, el hecho de que los bolcheviques asumieran el discurso antirruso de nacionalismos periféricos como el ucraniano no evitó que el proceso de soviétización tuviera tintes rusificadores que fueron calando durante todo el periodo. Todas las repúblicas se vieron sometidas a la imposición de un “patriotismo soviético” que tenía su origen en Rusia. En este sentido, la Federación Rusa fue la única que carecía de un partido comunista propio y respondía directamente al partido bolchevique, director de la política de toda la unión. Asimismo, pese a que for-

12. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno*, 23-24.

13. Petschen Verdager, “Identidad nacional y factor religioso”, 87.

malmente el proyecto soviético se planteaba como federalista, este estuvo marcado por un claro centralismo impuesto desde Moscú, donde se instalaron unas élites rusificadas que además heredaban hábitos sociales de la Rusia prerrevolucionaria. Por lo tanto, pese al discurso antirruso e internacionalista, podemos decir que las estructuras estatales y las herencias culturales hicieron que el patriotismo soviético integrase un nacionalismo ruso implícito ya durante los primeros compases del régimen, aunque este encontraba frenos en el resto de repúblicas soviéticas y en las políticas de korenización.

LA SOVIETIZACIÓN DE UCRANIA: LOS AÑOS TREINTA

Fue a partir de la década de los treinta cuando el pseudo-nacionalismo soviético se acentuó, bajo el dominio estalinista, esta vez otorgando pocas concesiones, e incluso reprimiendo los proyectos nacionalistas autóctonos del resto de repúblicas. Esta nueva directiva vino condicionada por el nuevo dogma imperante en la cúpula del partido: la idea de establecer el socialismo en un único país, lo que le dotó de un marcado carácter nacionalizador, a partir de entonces explícito, que mantuvo la retórica revolucionaria del marxismo-leninismo solo como fenómeno legitimador y no como objetivo real del régimen. Con ello, la centralización de la unión se acentuó y el nacionalismo soviético pasó a definirse por su vocación industrializadora, por un paisaje urbano clasicista y monumental, y por la difusión de símbolos, ritos y costumbres que atravesarían el día a día de los soviéticos. Los rincones rojos, las celebraciones del 1º de mayo o los uniformes de los jóvenes pioneros de la unión, son algunos ejemplos de ello¹⁴. A través de estos discursos y prácticas identitarias la sovietización se descubre como una identidad nacional comparable a cualquier otra de su época, con un impacto cultural que también repercutió en el uso de las lenguas y en las comunidades identitarias.

Tras la korenización de los años veinte, los años treinta se caracterizaron por una rusificación cultural motivada por el pragmatismo de las élites y por su voluntad centralizadora, extendiéndose el idioma ruso por

14. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno*, 32.

las distintas repúblicas y provocando casos de diglosia y de abandono de las lenguas locales; pese a que ello también respondió en gran parte al éxito del proyecto de alfabetización soviético. Asimismo, esta década vino marcada por la represión de las pretensiones nacionalistas ucranianas; un rechazo al ucranianismo que según autores como Andrujovich habrían motivado la catástrofe del *Holodomor*: la hambruna ucraniana provocada por la colectivización de la tierra entre 1932 y 1933¹⁵. Siguiendo esta línea de persecución y represión, la influencia de la iglesia autocéfala acabó siendo erradicada por el régimen en esta misma década¹⁶.

LA GRAN GUERRA PATRIA

En la Polonia de los años treinta destacó la existencia de un movimiento nacionalista ucraniano bastante potente, centrado en la región de Galicia y liderado desde mediados de la década por Stepan Bandera. Este movimiento, constituido en torno a la OUN (Organización de Nacionalistas Ucranianos), fue virando desde posiciones izquierdistas hacia un radicalismo de ultraderecha en conflicto directo con la Unión Soviética y con el Estado polaco¹⁷. Por ello, tras el comienzo de la invasión nazi a la Unión Soviética, la rama militar del movimiento: el UPA (Ejército Rebelde de Ucrania), llegó a colaborar con la Wehrmacht, quienes habían liberado al propio Bandera en 1939 de su reclusión por parte de los polacos. El colaboracionismo del UPA con los alemanes está sujeto a un intenso debate historiográfico, sobre todo en cuanto al grado de complicidad del movimiento con el nazismo. El propio Bandera se enfrentó con los nazis tras su intento de proclamación de la independencia de Ucrania 1941, que provocó su reclusión en un campo de concentración. No obstante, el sector más radical y juvenil del UPA, que se hizo con el control del ejército tras la ausencia de Bandera, mantuvo el colaboracionismo e incluso acabó provocando una limpieza étnica en Volinia, Polonia¹⁸. El

15. José Aníbal Campos, "Ucrania, entre Rusia y Occidente. Un diálogo entre Yuri Andrujovich y Karl Schlögel".

16. Petschen Verdaguer, "Identidad nacional y factor religioso", 87-88.

17. Andrujovich, *El último territorio*.

18. Núñez Seixas, *El frente del Este*.

episodio banderista ha sido uno de los hitos en disputa en cuanto a la reivindicación de la memoria del país, puesto que los soviéticos denostaron la figura de Bandera y quisieron identificarla plenamente con el nacionalismo ucraniano, acusando a los banderistas de traidores a los soviéticos y de fanáticos. Por su parte, el nacionalismo ucraniano reivindica su figura pero obvia su episodio colaboracionista o la limpieza étnica del UPA.

En paralelo al mito sobre Bandera del nacionalismo ucraniano, la denominada Gran Guerra Patria supuso un punto de inflexión para el régimen soviético y para la configuración de su identidad, puesto que permitió abandonar definitivamente las aspiraciones y la legitimidad revolucionaria del marxismo-leninismo para construir la identidad del *homo sovieticus* en torno al gran fenómeno movilizador patriótico que supuso la guerra. En este sentido, el trauma provocado por la invasión de los alemanes, el sacrificio humano que supuso para los soviéticos su repulsión, y la liberación del Ejército Rojo de Europa fueron acontecimientos que funcionaron como aglutinantes identitarios para instaurar el gran hito nacional de la Unión Soviética. Con ello, también se consiguió conformar una figura, la del partisano soviético, que reflejaba el espíritu del pueblo soviético, reforzando así el militarismo que había caracterizado al régimen desde su surgimiento y que se trasvasó posteriormente al nacionalismo ruso durante la segunda mitad del siglo XX¹⁹.

Otra importante consecuencia del conflicto es la de las nuevas incorporaciones territoriales de Ucrania, que se dieron durante y después de la contienda en regiones en las que residía gran parte de la población ucraniana. Fue el caso del territorio polaco de Galicia-Volinia, donde surgió el movimiento banderista, que se incorporó a Ucrania en 1939. Las regiones de Bukovina y Besarabia del Sur, previamente rumanas, se anexionaron en 1940, y Checoslovaquia cedió la región de Rutenia en 1945. Se trataba de territorios con múltiples comunidades identitarias que se incorporaron a Ucrania y al régimen soviético mucho después que las demás, lo que también las dotaría de unos caracteres específicos en cuanto a su sentimiento identitario ucraniano. De hecho, en el caso de Galicia encontra-

19. Faraldo, "Ucrania, Rusia y la "revolución del Maidán": el mito histórico del antifascismo".

mos un núcleo fuerte del nacionalismo ucraniano en la ciudad de Lviv, que en parte se distanciaba de las posturas más federalistas de la región ucraniana tradicionalmente vinculada a Rusia. De ello da cuenta un testimonio anónimo ucraniano en 1951:

The Galicians think that those people who lived in the Soviet Ukraine are already Russians, are no longer Ukrainians; they say that since the 1930's these people have become Russians. The Galicians say that they themselves are the only correct Ukrainians, that they should have their own, Ukrainian government, without the Soviet people, without the people that have been under the Soviet regime. They do not want their Ukraine to be a state, but they want it to be an independent nation (...) Consequently the Galicians very much dislike the Ukrainians, they say that they have become Russians²⁰.

LA DESESTALINIZACIÓN Y EL RENACIMIENTO CULTURAL

Con la llegada de la posguerra, los últimos años del mandato de Stalin vinieron marcados por una política continuista en cuanto a la represión de otros movimientos nacionalistas de la unión. Esta llegó a acrecentarse en algunos casos en forma de revanchismo por el colaboracionismo de los opositores nacionalistas con los nazis, como en el caso ucraniano, o también en el de los tártaros, que fueron deportados en masa desde Crimea hacia Asia Central. En todo caso, el nacionalismo ucraniano se percibía como la principal amenaza interna del régimen soviético, por lo que se liberó una verdadera batalla cultural mediante un intento de rusificación de la población, sin que este consiguiera erradicar la identidad ucraniana. En este periodo, la represión del nacionalismo ucraniano no contó con la contestación equiparable a la del OUN en periodo de entre-guerras, tanto por el trauma que había supuesto la propia guerra así como por la fractura social provocada por la persecución soviética²¹.

Encontramos un giro en la política soviética en torno a los nacionalismos tras la consolidación de Jrushchov en el poder y el inicio del

20. Harvard Project on the Soviet Social System. Schedule B, Vol. 13, Case 446 (interviewer J.O.). Widener Library, Harvard University, p. 67.

21. Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*.

proceso de desestalinización de la URSS. El nuevo primer secretario del PCUS impulsó de nuevo un proceso de descentralización estatal que tenía por objetivo recabar apoyos desde las repúblicas y así consolidar su poder. Para ello promovió la sustitución de los altos dirigentes del Partido Comunista de la República Socialista Soviética de Ucrania (que él mismo había dirigido), favoreciendo a aquellos integrantes más complacientes con el nacionalismo ucraniano y menos represivos. Hasta entonces, las posiciones más altas del partido comunista ucraniano habían estado encabezadas por rusos, lo que había dificultado la integración de los ucranianos en la unión y había ratificado los privilegios de las comunidades identitarias rusas frente a las ucranianas. Por otro lado, se produjo una segunda ola de ucranización, más allá de las élites políticas, en esferas como la economía, la literatura y el mundo académico, destacando especialmente el desarrollo de una historiografía propiamente ucraniana. Fue en este mismo periodo cuando los intelectuales nacionalistas se empezaron a congregarse en grandes ciudades como Kiev y Lviv, consolidándose como los dos núcleos fuertes del conocido como “renacimiento cultural” ucraniano. A estos cambios se añade un evento de especial relevancia como fue la incorporación de Crimea a la república ucraniana en 1954 como un regalo de Jrushchov en conmemoración del tricentenario de la alianza ucraniano-rusa; siendo esta península una región con una mayoría identitaria rusa, sobre todo tras el desplazamiento forzado de los tártaros durante la posguerra²².

El resurgimiento del nacionalismo ucraniano se vio motivado en gran parte por el proceso de deshielo desatado por Jrushchov. Fue a lo largo de los años cincuenta y sesenta cuando Kiev y Lviv experimentaron el renacimiento cultural y político del nacionalismo, empero, este no estuvo exento de cierta represión política así como religiosa, dada la doctrina antirreligiosa de Jrushchov. Las primeras demandas nacionalistas de relevancia vinieron desde el Sindicato de Trabajadores y Campesinos Ucraniano, que además contó con el respaldo de algunos intelectuales de Lviv. Las pretensiones de este sindicato se centraban en un compromiso más democrático que nacionalista, aunque sí incluían en su ideario

22. Taibo, Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía.

algunas demandas lingüístico-culturales. Esto provocó una nueva oleada de represión soviética, que acabó encarcelando a algunos intelectuales a los que se acusó de traición. La creación de nuevos partidos ucranianos nacionalistas como el Partido Unido por la Liberación de Ucrania y el Frente Nacional Ucraniano, que en los años sesenta se proclamaba como el sucesor del OUN, también provocó nuevos encarcelamientos. Una parte de la sociedad ucraniana reaccionó a estas medidas con varias protestas públicas en los años sesenta en las que se demandaba un mayor autogobierno, la restricción de la inmigración rusa, que había crecido al hilo de la industrialización, y la liberación de los presos políticos²³. Hablamos, en todo caso, de entornos ciertamente reducidos cuyo ideario no empezó a transmitirse a las masas hasta mediados de los años setenta, tal y como apunta Brudny²⁴. Para ello, la actividad semiclandestina a lo largo de estos 20 años había resultado crucial, y sin ella el nacionalismo ucraniano habría encontrado muchas dificultades para convertirse en un fenómeno de masas. De hecho, también debemos resaltar la importante red de alianzas que el movimiento estableció con otras comunidades identitarias presentes en Ucrania y que también reclamaban autogobierno o reconocimiento. Fue el caso de moldavos, judíos, búlgaros, griegos y húngaros, quienes también habían sufrido la represión soviética.

El deshielo también vino acompañado de otro proceso político desde las élites moscovitas que consistió en la reincorporación del concepto de “Rusia” al vocabulario oficial del régimen. Con ello, de nuevo vemos una traslación de los objetivos del PCUS que en este caso empezó a sincronizar el proyecto soviético con el nacionalismo ruso. Por lo tanto, la descentralización administrativa y las concesiones al renacimiento cultural ucraniano entraron en choque con otras acciones que intentaban disolver la identidad ucraniana en el *melting pot* que representaba la identidad soviética, a partir de ese momento rusificada. El régimen aplicó una serie de normas para escolarizar a los niños ucranianos en escuelas de habla rusa y también favoreció la migración de rusos hacia territorios industrializados

23. Zisserman-Brodsky, *Constructing Ethnopolitics in the Soviet Union: Samizdat, Deprivation, and the Rise of Ethnic Nationalism*.

24. Brudny, *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953-1991*.

de Ucrania, lo que hizo incrementar considerablemente la presencia de comunidades rusas en la república vecina. Asimismo, con el aterrizaje de Brézhnev en la cúpula del PCUS, se retomó la centralización y el rechazo al nacionalismo ucraniano, con una actuación cada vez más contundente contra sus líderes políticos implementada desde entonces por el KGB²⁵.

LOS ÚLTIMOS AÑOS SOVIÉTICOS E INDEPENDENCIA UCRANIANA

El último periodo del régimen soviético dio paso a la apertura impulsada por Gorbachov pero también dejó un fuerte trauma entre los ucranianos por el accidente nuclear de Chernóbil. El aperturismo de la perestroika permitió que el nacionalismo ucraniano tomara un cierto impulso con el que llegar a la población, según señala Brudny²⁶, aunque Prizel²⁷ discrepa sobre ello, ya que afirma que este no se había consolidado entre las masas, y menos aún entre la clase trabajadora. Según este último autor, la comunidad ucraniana seguía mostrando cierta apatía respecto al movimiento nacionalista y mantenía una visión derrotista de su viabilidad política. En ello también incidía una visión de inferioridad respecto a la cultura rusa y una percepción de fatalismo que condenaba a Ucrania a lo que entendían como una colonización eterna. Esto no evitó que la actividad intelectual y política nacionalista prosiguiera en las ciudades del oeste y en Kiev, así como entre la Iglesia Católica Griega, otra de las iglesias con incidencia entre la población y con presencia en el oeste que se había unido a la iglesia ortodoxa rusa aunque sin abandonar sus pretensiones nacionalistas y prodemocráticas. Estas fuerzas se mostraron cada vez más contestatarias y con opciones de reclamar más autonomía, sobre todo tras las políticas de *perestroika* y *glásnost* que desarrolló Gorbachov, ya que vinieron acompañadas de una merma del poder central a lo largo de los años ochenta²⁸.

25. Zisserman-Brodsky, *Constructing Ethnopolitics in the Soviet Union: Samizdat, Deprivation, and the Rise of Ethnic Nationalism*.

26. Brudny, *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953-1991*.

27. Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*.

28. Juska, "Ethno-political transformation in the states of the former USSR".

Por su parte, el episodio de Chernóbil de 1986 dio otro impulso al nacionalismo ucraniano, cohesionando a las fuerzas opositoras, sobre todo tras la deplorable reacción del Kremlin al incidente. La sociedad ucraniana entendió que se habían impuesto los intereses de Moscú frente a los de Kiev, lo que favoreció que se reforzara la visión de Ucrania como una colonia, a la vez que el accidente quedaba marcado como un episodio fatídico para la memoria colectiva de Ucrania. Por esas mismas fechas se hizo mediático el descubrimiento de tumbas masivas en Bielorrusia y Ucrania, procedentes de la época estalinista, siendo también un claro acicate para el nacionalismo. A estas alturas, algunos integrantes del movimiento nacionalista ucraniano habían conseguido integrarse en las élites políticas del régimen y difundir la necesidad de adoptar la causa con tal de mantener la pervivencia del sistema, lo que explica la adopción del ucraniano como lengua oficial de la república en 1989. Estas mismas élites fueron las que apoyaron el golpe de Estado del ala dura del PCUS contra Gorbachov en 1991; algo que las distanciaba del nacionalismo ucraniano prodemocrático que, por el contrario, aprobó una declaración de soberanía nacional el día siguiente del fracaso del golpe, declarando a Ucrania como país neutral desnuclearizado, aunque el debate del encaje territorial del país se prolongó durante varios meses²⁹.

En ese momento, la situación tampoco parecía comprometer tanto la estabilidad de la Unión Soviética, puesto que en marzo de 1991 la mayoría de ucranianos había secundado la pervivencia de un régimen soviético reformado, con el 70% de votos a favor. Sin embargo, apenas ocho meses después, un 90% de los votantes apoyó la independencia de Ucrania en un segundo referéndum³⁰. La independencia llegó con unas élites soviéticas que se mantuvieron en el poder, con un gran capital económico y con claras pretensiones estatistas. Por su parte, la sociedad ucraniana mostraba un amplio apoyo a la obtención de la soberanía nacional, aunque con diversas motivaciones según los territorios. En el oeste del país, el nacionalismo ucraniano era predominante, y se mostraba plenamente identi-

29. López-Medel Báscones, "Algunos elementos históricos relevantes en las relaciones Ucrania-Rusia, 5.

30. Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*, 362.

ficado con el proyecto democratizador pero sobre todo ucranianista. La soberanía les parecía una oportunidad clara para revertir la rusificación que había caracterizado gran parte del periodo soviético, con el aumento de la población rusa en la región. Para ellos, el pseudo-nacionalismo soviético había significado un mero instrumento del nacionalismo ruso. Por el otro lado, en el este y el sur del país, regiones con mucha más presencia de comunidades rusas y con fuerte peso industrial, algunos sectores con fuerte relevancia social como los mineros del Donbás secundaron la independencia con la aspiración de mejorar la situación económica gracias al autogobierno. No obstante, en estas regiones existía cierto recelo ante una posible liberalización de la industria, que hasta entonces había permitido mantener una aventajada situación económica respecto al resto del país, y en ellas tampoco había un sentimiento de pertenencia a la identidad ucraniana tan arraigado como en el oeste.

LOS TRISTES AÑOS 90: CRISIS Y CONSOCIATIVISMO

La situación económica posterior a la independencia no proporcionó un clima óptimo para el proceso de consolidación nacional ucraniano. Entre los años 1992 y 1995 Ucrania sufrió una hiperinflación similar a la de Rusia y una consecuente devaluación de su moneda. A ello se le sumaría el aislacionismo económico condicionado por su economía industrial, que hasta entonces se había sustentado en la producción de armamento militar y de bienes del sector primario, y carecía de bienes de consumo³¹. Por su parte, las oligarquías, en paralelo al caso ruso y con raíces en la nomenklatura soviética, se habían hecho con el control económico del país a través de la posesión de recursos energéticos, materias primas y productos químicos, así como por las privatizaciones que sufrió Ucrania a lo largo de la década³². Estas oligarquías estaban ligadas a la política nacional, aunque con más presencia en la zona oriental, y mantenían un debate profundo entre una posición a favor de la integración en la Unión Europea, prodemocrática y anticomunista, entonces liderada por Leonid Kravchuk; y una más prorrusa, y menos preocupada por la de-

31. Prizel, *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*.

32. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

mocratización, encabezada por Leonid Kuchma. Ambos representantes se turnaron el poder ejecutivo durante esta década, con ciertos avances en materia democrática; pero también con muchos escándalos políticos marcados por las influencias y corruptelas de los oligarcas, que estaban sobrerrepresentados directa e indirectamente en la Rada Suprema³³.

Estas tensiones políticas eran a la vez un reflejo de una sociedad especialmente estratificada y con múltiples identidades nacionales, en la que la situación económica también causaba estragos. La población oriental, más ligada culturalmente a Rusia, se mostraba cada vez más escéptica ante las pretensiones nacionalizadoras de Kravchuk, y poco a poco fue desarrollando un sentimiento nostálgico hacia la Unión Soviética, a la vez que se adhería al nacionalismo ruso. De hecho, en 1993 se proclamó la independencia de la península de Crimea y su anexión a Rusia; aunque la situación se acabó revirtiendo por parte del gobierno ucraniano, que dotó a Crimea de un régimen autonómico especial. Este acontecimiento es un indicativo de que la cuestión nacional no estaba para nada resuelta en el país, donde cada vez se percibía una mayor división identitaria entre prooccidentales y prorrusos. Sin embargo, autores como Juska³⁴ han querido matizar esta visión dicotómica, entendiendo el caso ucraniano como un régimen consociativo mantenido por las élites, en el que existía una sociedad dividida en cuanto a la cuestión nacional pero sin mostrarse una política claramente excluyente de alguna de las comunidades identitarias.

Para entender la lógica del consociativismo debemos tener en cuenta que, en los años noventa y hasta la actualidad han existido dos identidades culturales predominantes en el país. Por un lado, la identidad ucraniana, mayoritaria y presente en las regiones occidentales del país, y por el otro, la identidad rusa, con una presencia muy considerable en el este y sur. A estas, debemos añadir otras identidades colectivas aunque mucho más minoritarias que perviven en el país como las comunidades bielorrusas, tártaras, moldavas, búlgaras, polacas, judías, rumanas y húngaras³⁵. En cuanto a los idiomas, también existen dos hablas hegemónicas, la lengua ucraniana

33. López-Medel Báscones, "Algunos elementos históricos relevantes en las relaciones Ucrania-Rusia".

34. Juska, "Ethno-political transformation in the states of the former USSR".

35. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

y la rusa; aunque el idioma no se identifica claramente con la identidad cultural que se le podría presuponer, dado que, hay una gran cantidad de habitantes rusófonos que se consideran ucranianos; mientras que una importante parte de la población utiliza ambos idiomas. Lo que sí es cierto es que la política intermitente de ucranización desde los años noventa fomentó el uso del ucraniano, restringiendo el ruso, lo que habría causado el rechazo de las comunidades rusas y de los ucranianos rusófonos. Un proceso de ucranización que se justificaba en parte por la amplia presencia de productos culturales en habla rusa: la mayor parte de oferta cultural en Ucrania, tanto en la televisión, el cine, la literatura y demás, se publicaba y difundía en ruso³⁶. Todo ello nos da cuenta de un complicado sistema consociativo de coaliciones políticas frágiles³⁷, en el que las mayorías electorales se movían entre políticas identitarias presumiblemente contrarias, lo que también demuestra que las identidades culturales no podían considerarse como el único factor explicativo de las victorias de cada una de las facciones políticas, que luego se definieron como “naranjas” y “azules”.

LOS INICIOS DEL SIGLO XXI Y LAS “REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS”

El turnismo político de los años noventa se mantuvo a inicios de siglo, aunque en 2004 se dio una importante movilización civil contra el fraude electoral del partido de Kuchma, que entonces contaba con un nuevo candidato, Víktor Yanukovich. La conocida como “revolución naranja”, con un claro carácter pacífico y con proclamas de democratización del Estado así como contra la corrupción endémica, provocó una repetición electoral que dio la victoria al sector europeísta, los naranjas, liderados por Víktor Yuschenko. Sin embargo, este movimiento prodemocrático no consiguió que la política estatal rompiera con el clientelismo y el predominio de las oligarquías: a la altura de 2006, de entre los 450 diputados

36. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

37. Es remarcable el hecho de que, frente a las discrepancias respecto al debate sobre el modelo de nación y de convivencia de las identidades culturales, en otras materias como la economía, los dos sectores políticos predominantes muestran bastante consenso y moderación durante los años noventa y la primera década del siglo XXI, tal y como ya apuntaba en su momento Prizel (1998).

de la Rada, 300 eran grandes fortunas del país³⁸. Asimismo, dentro de la facción naranja existían profundas escisiones entre los líderes de la revolución, en este caso entre Yuschenko y Yulia Timoshenko; lo que hizo que esta última forjara alianzas temporales con los azules, fracturando la coalición y facilitando el éxito electoral posterior de Yanukovich.

Por otro lado, debemos destacar que el sector naranja fue cada vez más encaminado hacia una integración de Ucrania tanto en la Unión Europea como en la OTAN, priorizando la primera. En este sentido, encontraremos acercamientos claros entre los gobiernos naranjas y los representantes de las instituciones europeas, contando con el beneplácito de la mayoría de la población de identidad ucraniana, y con el recelo desde la población del Este y de los azules, pero sobre todo del gobierno de Vladímir Putin. Pese a que el dirigente ruso se mantuvo pasivo a la disputa durante sus primeros años de mandato, más adelante se mostró muy reacio ante la occidentalización del entorno exsoviético, teniendo una visión de Ucrania cada vez más patrimonialista; en sintonía con un nacionalismo ruso con tintes supremacistas y de carácter defensivo. De hecho, en 2008 el gobernante ruso ya manifestó a George Bush sus intenciones de anexionar Ucrania a Rusia; afirmando que Ucrania no era un “Estado real” y reactivando la ucraniofobia que tenía un importante peso en el ideario colectivo de su país. Es más, desde Rusia se llegó a difundir que el nacionalismo ucraniano no era más que un instrumento artificioado por Europa con tal de romper a Rusia desde dentro, siguiendo así un discurso conspiranoico que veía en la Unión Europea todos los males de la modernidad, destacando de entre ellos la homosexualidad³⁹.

Con la elección de Yanukovich en 2010, la integración de Ucrania en la Unión Europea se puso en entredicho, aunque el dirigente ucraniano no acabó de alinearse del todo junto a Moscú, ya que siguió manteniendo contactos con el organismo europeo. Sin embargo, las bajas expectativas de que Yanukovich aceptara la integración europea, así como la reforma constitucional que dio más poder al ejecutivo y el enjuiciamiento, de

38. Taibo, *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*.

39. Kuzio, “Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue”.

dudosas garantías, de la líder de la oposición Timoshenko, hicieron que estallara en febrero de 2014 el movimiento del Maidán. Las protestas, dirigidas en favor de la integración en Europa, contra la corrupción y contra el estancamiento económico, provocaron importantes enfrentamientos en la Plaza de la Independencia, en Kiev; en este caso con disturbios violentos, que causaron más de cien víctimas, la mayoría de ellas manifestantes⁴⁰. En estas protestas desempeñaron un importante papel sectores de ultraderecha y fascistas, especialmente el conocido como Sector de Derechas, y los manifestantes contaron con el apoyo incondicional tanto de la Unión Europea como de EE.UU., quienes mostraron un claro tacticismo contra el gobierno de Yanukovich. El presidente ucraniano acabó huyendo a Rusia a la vez que se constituía un gobierno de derechas legitimado por la Rada y muy próximo a Washington. El gobierno norteamericano y la Unión Europea apoyaron al nuevo gobierno, en el que se integró parte de la ultraderecha ucraniana que había estado en las calles, y que quiso transmitir una visión un tanto edulcorada del Maidán, como si se hubiera tratado de un movimiento plenamente democrático y prooccidental⁴¹.

Tras la elección de un nuevo gobierno resultante de unas elecciones generales, el ejecutivo realizó una serie de políticas claramente encaminadas hacia la occidentalización y la ucranización del país, eliminando el ruso como lengua cooficial y situando a neofascistas en puestos secundarios del gobierno. Esto provocó una reacción desde el este y el sur del país, especialmente en Crimea, donde se sucedieron manifestaciones prorrusas contra lo que entendían como un “régimen fascista”; deslegitimando al nuevo ejecutivo y tomando algunos edificios oficiales. El apoyo desde Rusia y la incapacidad de frenar estos actos por parte del gobierno ucraniano permitió una invasión rusa encubierta, seguida de un referéndum con escasas garantías con el que se aprobó la anexión de Crimea a Rusia, siendo el primer caso de anexión de un territorio europeo de forma irregular desde la Segunda Guerra Mundial⁴².

40. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno*, 93.

41. Veiga, González-Villa, Forti, Sasso, Prokopljević y Moles, *Patriotas indignados: Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*.

42. Faraldo, *El nacionalismo ruso moderno*.

Por otro lado, en la región oriental del Donbás, estalló un conflicto armado propiciado por los prorrusos en el que ha tenido especial protagonismo los movimientos de ultraderecha y neofascistas. El ejército ucraniano, que se vio incapaz de aplacar la rebelión prorrusa empezó a contar con el apoyo de redes paramilitares ultraderechistas y neonazis, algunas de ellas dirigidas por el Sector de Derechas, y financiadas en muchos casos por oligarcas ucranianos. La mayoría de ellas acabaron integrándose en la Guardia Nacional, dependiente del Ministerio de Interior ucraniano. Por el otro lado, la facción prorrusa también integró en sus filas a nostálgicos soviéticos comunistas junto a ultraderechistas y neonazis, en un conflicto estancado y con alianzas internacionales paradójicas. Encontramos divisiones en la ultraderecha europea en cuanto a los apoyos de las dos facciones combatientes debido a que ambas profesaban (y lo siguen haciendo en el conflicto actual entre Rusia y Ucrania) un marcado carácter fascista en muchas de sus unidades paramilitares⁴³.

IDENTIDAD Y MEMORIA

El conflicto territorial dentro de Ucrania da cuenta de una situación identitaria extremadamente compleja, donde encontramos, además, facciones enfrentadas que cobijan en su seno a un espectro ideológico muy amplio. En el caso de la facción proucraniana, vemos tanto a sectores claramente prodemocráticos, europeístas y cercanos a la OTAN, que pueden ir desde visiones más socialdemócratas hacia otras más conservadora, como otros movimientos de extrema derecha, supremacistas e incluso a neoimperialistas ucranianos. A ellos tenemos que sumar el apoyo de otras comunidades minoritarias en Ucrania como la judía, posicionada claramente contra Putin, pero que a la vez tiene que convivir con “aliados” antisemitas, pese a que recientemente algunos sectores neonazis han priorizado el antiislamismo frente al antisemitismo, acercándose también al sionismo⁴⁴.

43. Veiga, González-Villa, Forti, Sasso, Prokopljević y Moles, *Patriotas indignados: Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*.

44. Veiga, González-Villa, Forti, Sasso, Prokopljević y Moles, *Patriotas indignados: Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*.

Por otro lado, la facción proucraniana está determinada en gran parte por un claro sentimiento anticomunista⁴⁵, que responde a una memoria histórica concreta sobre el pasado de Ucrania puesto que este sector se considera heredero del nacionalismo ucraniano reprimido en el periodo soviético. De hecho, el discurso histórico que los partidos naranjas han querido implantar desde los años noventa como relato oficial ha ido dirigido hacia la revalorización de personajes como Stepán Bandera y de movimientos como el OUN y el UPA, que como ya hemos visto colaboraron con los nazis. Por eso mismo este relato no ha tenido demasiado éxito en las regiones del sur y este de Ucrania, donde la memoria histórica soviética, que entra en contradicción con la versión ucraniana, ha calado en mayor medida. La histórica conciencia antifascista del este y sur de Ucrania, también presente en Rusia, hace difícil aceptar a figuras como la de Bandera, que fue un proscrito y un traidor para los soviéticos. Durante el mandato de Kuchma, desde mediados de los noventa, hubo un intento de aglutinar el recuerdo sobre una Gran Guerra Patriótica en un mismo relato histórico común, en el que se destacaba tanto la importancia de la lucha contra el fascismo invasor como se trataba de reivindicar el papel del soldado ucraniano que izó la bandera en el Reichstag tras la toma de Berlín y de algunos nacionalistas ucranianos represaliados por el nazismo⁴⁶. Sin embargo, tras la revolución naranja se recuperó el relato tradicional del nacionalismo ucraniano, lo que nos hace entender la diferencia de marcos mentales entre regiones respecto a la memoria histórica y también a la hora de interpretar el presente político y la relación con Rusia.

En la facción prorrusa encontramos también diversos posicionamientos políticos, aunque la mayoría comparten valores cercanos al ideario de los partidos políticos azules. Estos defienden posiciones rusocéntricas e incluso eurasianistas, que consideran, tal y como lo ha expresado públicamente Putin, que la occidentalización procedente de Europa, incluyendo a la UE y a la OTAN, solo traería decadencia a unos diferencia-

45. Este anticomunismo no estuvo tan presente durante la revolución naranja, ya que entonces no hubo actos simbólicos anticomunistas como los que sí hubo durante el Maidán. En este último, por ejemplo, se llegaron a destruir varias estatuas de Lenin en el oeste del país, Faraldo, 2020.

46. Núñez Seixas, *El frente del Este*.

dos valores culturales eslavo-ortodoxos que deberían preservarse. Entre los componentes de este sector encontramos algunos grupos comunistas nostálgicos del régimen soviético, que ven al nacionalismo ucraniano como un producto fascista al que combatir (el antiucranianismo está presente tanto en el nacionalismo ruso como en la identidad soviética); pero también a ultraderechistas, zaristas y ultranacionalistas rusos. Pese a estar entremezclada con la rusa, la pervivencia de la identidad soviética ha sido uno de los claros condicionantes de la movilización prorrusa, ya que la tradición antifascista se fundamenta en el mito sobre los partisanos de la Segunda Guerra Mundial. Estos mismos partisanos habrían combatido al UPA, por lo que la asociación del ucranianismo con el fascismo queda así reforzada⁴⁷. La idea de lucha contra el fascismo no solo tiene origen en los prorrusos ucranianos sino que ha sido un concepto ampliamente difundido desde Rusia, de hecho también se acusó a la revolución naranja en Ucrania de fascista en su momento con tal de desprestigiarla. Por lo tanto, el llamamiento al antifascismo consigue movilizar a gran parte de la población rusa, sin que ello parezca entrar en contradicción con que dentro de los batallones paramilitares prorrusos también se encuentren neofascistas de diferentes corrientes.

Por otro lado, este sentimiento soviético también condicionaría la apatía con la que se muestra esta facción frente a las aspiraciones democráticas del oeste. Ya se vio con la independencia Ucraniana en los noventa: el Este la aceptó principalmente por cuestiones económicas y no por motivaciones democráticas; algo que se vuelve a ver en la actualidad, cuando los prorrusos no parecen valorar demasiado bien la occidentalización y la consolidación de la democracia al haber heredado una cultura soviética en la que las libertades individuales quedaban parcialmente sometidas a un régimen dictatorial y luego autoritario, donde se priorizaban las condiciones materiales (algo derivado del marxismo-leninismo) frente a los derechos de ciudadanía. Una tradición antiliberal que caracterizaba al *homo sovieticus* y que aún pervive tal y como lo hace una retórica de la Guerra Fría conspiranoica a la vez que antieuropea y antiamericana.

47. Faraldo, "Ucrania, Rusia y la "revolución del Maidán": el mito histórico del antifascismo".

CONCLUSIONES

El nacionalismo ucraniano tuvo en su génesis las dificultades que podemos atribuir a otros proyectos nacionalistas intelectuales que no tenían las estructuras de un Estado moderno como base a través de la cual construir y difundir su proyecto de nación. Las referencias históricas con las que elaborar un mito de los orígenes tenía que retrotraerse a periodos anteriores a las dominaciones rusa y mongola, a lo que debemos añadir las dificultades derivadas de la rusificación y polonización de las élites de la región. No obstante, el movimiento nacionalista tomó fuerzas desde principios del siglo XX, ya fuera a través de alternativas al modelo bolchevique o mediante la integración dentro de las estructuras de la Unión Soviética, tal y como demuestra la etapa de korenización de los años veinte o durante la desestalinización. A esas alturas, no podemos hablar de un movimiento de masas pero sí que se produce una asimilación cultural del nacionalismo ucraniano que por otro lado sufrió episodios represivos durante el estalinismo o en la época de Brézhnev.

En paralelo, se fue desarrollando la identidad soviética, que identificamos como un pseudo-nacionalismo que además quedaría imbricado al nacionalismo ruso, aunque con distintas gradaciones, en parte por la propia práctica centralista del régimen dirigido desde Moscú. Otro aspecto fundamental fue el fenómeno de la Gran Guerra Patria, que acabó calando en el imaginario colectivo de los soviéticos y también de los ucranianos, con visiones claramente antagónicas que han dificultado mucho la conformación de un relato histórico uniforme en el presente. Asimismo, cabe destacar el periodo de desestalinización como el que inicia la reactivación del nacionalismo ucraniano tras la guerra, aunque este quedó monopolizado por la intelligentsia del oeste y de Kiev, y no llegó sin llegar a permear de forma significativa hasta mediados de los años setenta y ochenta, según defienden algunos autores. Fue en esta última década cuando se abrió la posibilidad de apertura democrática y se dio un mayor margen al nacionalismo ucraniano, con las medidas de Gorbachov y también con el impacto social que provocó la catástrofe de Chernóbil.

La proclamación de la independencia de Ucrania se recibió por parte de los ucranianos de manera distinta dependiendo de los territorios del país: por un lado como una oportunidad política (en el oeste), y como una

esperanza de bonanza económica desde el este y el sur; lo que iría dándonos pistas de la imposición de un modelo político consociativo basado en el turnismo y también en las influencias de las oligarquías económicas de los años noventa. La pluralidad identitaria y el uso de lenguas también nos indican las distintas posturas defendidas por “naranjas” y “azules” durante estos últimos años, y una división entre europeístas y prorrusos que, junto con la pervivencia de la memoria histórica y de las identidades hacen muy difícil el encaje nacional de Ucrania y explican en parte la existencia del conflicto bélico actual y la anexión de Crimea. Algo que también entendemos a través de las pretensiones nacionalistas de Rusia, así como por los intereses geoestratégicos y políticos de los aliados europeos y americanos.

Como corolario, la reflexión de Yuri Andrujovich sobre la región de Galicia de Europa del Este puede servirnos para entender mejor los procesos y las complejidades que encontramos en Ucrania⁴⁸. El autor entiende Galicia como un territorio trans-moderno, atravesado tanto por la modernidad e innovación desde distintos polos culturales próximos (desde la Europa Occidental y central así como desde la propia Rusia) dada su privilegiada situación geográfica; a la vez que queda marcada por el autoritarismo de la época soviética y por las guerras crueles, dictaduras y limpiezas étnicas acontecidas. Todo ello hace de Galicia (y de Ucrania) un territorio complejo, con rasgos muy variados, demarcados por su diversidad nacional, lingüística e histórica (y por lo tanto identitaria); tal y como lo demuestra su propia toponimia: [ukraïna] es un término que alude al concepto de frontera, siendo este un espacio difícilmente definible, líquido y en constante transformación.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrujovich, Yuri. *El último territorio*. Barcelona: Acantilado, 2006.
- Aníbal Campos, José. “Ucrania, entre Rusia y Occidente. Un diálogo entre Yuri Andrujovich y Karl Schlögel”. *Letras Libres* 160, 12 de enero de 2015, consultado el 17 de enero de 2021. <https://letraslibres.com/revista/ucrania-entre-rusia-y-occidente/>.

48. Andrujovich, *El último territorio*.

- Brudny, Yitzhak M. *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953-1991*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- Faraldo, José María. “Ucrania, Rusia y la “revolución del Maidán”: el mito histórico del antifascismo”. *Ayer* 106, no. 2 (2017): 309-321.
- Faraldo, José María. *El nacionalismo ruso moderno*. Madrid: Báltica Editorial, 2020.
- Faraldo, José María. *La Revolución rusa: Historia y memoria*. Madrid: Alianza Editorial, 2017.
- Jurska, Arunas. “Ethno-political transformation in the states of the former USSR”. *Ethnic and Racial Studies* 22, no. 3 (diciembre 1999): 524-553.
- Kuzio, Taras. “Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue”, *Communist and Post-Communist Studies* 49 (enero 2016): 1-11.
- López-Medel Báscones, Jesús. “Algunos elementos históricos relevantes en las relaciones Ucrania-Rusia”. *Boletín IEEE* 5 (octubre 2014), consultado 20 de diciembre de 2022: 1-16. https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO114-014_Ucrania-Rusia_Lopez-MedelBascones.pdf.
- Núñez Seixas, Xosé M. *El frente del Este*. Madrid: Alianza, 2018.
- Petschen Verdaguer, Santiago. “Identidad nacional y factor religioso”. *Ilu. Revista de ciencias de las religiones* 6 (enero 2001): 83-96.
- Prizel, Ilya. *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Taibo, Carlos. *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2014.
- Veiga, Francisco, González-Villa, Carlos, Forti, Steven, Sasso, Alfredo, Prokopljević, Jelena y Moles, Ramón. *Patriotas indignados: Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*. Madrid: Alianza Editorial, 2019.
- Zisserman-Brodsky, Dina. *Constructing Ethnopolitics in the Soviet Union: Samizdat, Deprivation, and the Rise of Ethnic Nationalism*. New York: Palgrave Macmillan, 2003.

FUENTES

- Harvard Project on the Soviet Social System. Schedule B, Vol. 13, Case 446 (interviewer J.O.). Widener Library, Harvard University, p. 67. Disponible en: <https://nrs.harvard.edu/urn-3:FHCL:959202?n=65> [Consulta: 15 de enero de 2022].